

# EL LOBO ESTEPARIO

HERMANN HESSE

EL LOBO  
ESTEPARIO

Traducción de Ángel Sabrido



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.com](http://www.edhasa.com)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Der Steppenwolf. Erzählung*

Diseño de la cubierta: Pepe Far

Primera edición en Edhasa Literaria: mayo de 2004

Segunda reimpresión: junio de 2011

© 1927 by Hermann Hesse.

All rights reserved by Suhrkamp-Verlag.

© de la traducción: Ángel Sabrido

Traducción cedida por Random House Mondadori, S.A.

© Edhasa, 2004

Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C  
C1054AAT Capital Federal  
Tel. (11) 43 933 432  
Argentina  
E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

ISBN: 978-84-350-0922-5

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso por Liberdúplex

Depósito legal: B-23.131-2011

Impreso en España

## PRÓLOGO DEL EDITOR

Contiene este libro las anotaciones que nos han quedado de un hombre a quien llamábamos el *Lobo estepario*, para emplear un calificativo que se aplicaba con frecuencia a sí mismo. Dejemos aparte el hecho de que este manuscrito suyo necesite o no de unas cuantas palabras de introducción; en cualquier caso, yo sí experimento la necesidad de añadir a las hojas dejadas por el Lobo estepario unas pocas más en las que intento reflejar el recuerdo que guardo de él. Es muy poco lo que sé de este hombre, sobre todo en lo que atañe a todo su pasado y origen, que han permanecido inaccesibles a mi conocimiento. Sin embargo, su personalidad me produjo una fuerte impresión. Y también simpática, como he de confesar, pese a todo. Y esta impresión perdura todavía.

Era el Lobo estepario un hombre de cincuenta años aproximadamente que se presentó hace algunos años en casa de mi tía, buscando una habitación amueblada. Alquiló la buhardilla del doblado y la pequeña alcoba contigua, volviendo algunos días después con dos baúles y un cajón lleno de libros. Vivió en nuestra casa nueve o diez meses. Se mostró siempre muy silencioso y retraído; y de no haber sido porque la vecindad de nuestros dormitorios hacía que nos tropezásemos por casualidad a veces en la escalera o en el pasillo, acaso ni hubiésemos llegado a conocernos,

pues este hombre no se mostraba sociable. Al contrario, era insociable hasta un punto que yo jamás había observado hasta ahora en persona alguna; era, en realidad, tal como él mismo se llamaba en ocasiones, un Lobo estepario, un ser extraño, salvaje y también receloso, incluso muy hurafío, perteneciente a un mundo distinto del mío. Hasta no haber leído estas anotaciones no supe en qué aislamiento tan profundo vivía, condicionado por su disposición anímica y su destino, y de qué manera tan consciente interpretaba este aislamiento como el destino de su existencia; sin embargo, y a pesar de todo, pequeños encuentros y conversaciones me habían permitido conocerlo, ya antes, hasta cierto punto. Y la imagen que me forjé al leer sus apuntes concuerda en el fondo con la resultante de nuestro conocimiento personal, aunque bien es verdad que esta última aparece más pálida e incompleta.

Por azar, me encontraba yo presente cuando el Lobo estepario entró por vez primera en nuestra casa y alquiló las habitaciones de mi tía. Llegó al mediodía. Los platos estaban aún en la mesa y yo disponía todavía de media hora hasta el momento de marchar a la oficina. No he olvidado la extraña y muy contradictoria impresión que me causó en este primer encuentro. Después de haber tocado la campanilla, entró por la puerta cristalera. Y en el vestíbulo, en penumbra, mi tía le preguntó qué deseaba. Pero este hombre, el Lobo estepario, estiró el cuello y levantó la enérgica cabeza, cubierta de corto cabello, como si venteara una pieza, husmeó con nariz nerviosa en torno suyo y dijo antes de dar una respuesta o mencionar siquiera su nombre: «¡Oh, aquí huele bien!». Sonrió al decir estas palabras, y mi tía sonrió también. Yo, en cambio, consideré más bien

ridículas estas palabras de salutación y me sentí algo pre-dispuesto en contra de él.

—Bueno —dijo—, vengo por lo de la habitación que tiene usted para alquilar.

Fue ya mientras los tres subíamos la escalera que lleva al doblado cuando pude observar con más atención a este hombre. No era muy alto, pero su modo de andar y la postura de la cabeza eran las características del hombre de elevada estatura. Llevaba puesto un abrigo moderno y holgado. Por lo demás, vestía unas ropas decentes, pero descuidadas, iba bien afeitado y tenía muy corto el pelo, que ya empezaba a tornarse un poco gris aquí y allá. Sus andares no me agradaron en absoluto al principio; tenían un no sé qué de fatigoso e impreciso que no cuadraba con la viveza y energía de su perfil ni con el tono y vivacidad de su forma de hablar. Transcurrió tiempo antes de notar y enterarme de que estaba enfermo y que andar lo fatigaba. Con una sonrisa peculiar que en aquel entonces me resultó asimismo desagradable, examinó la escalera, las paredes y las ventanas y los armarios, antiguos y altos, de la caja de la escalera. Y todo pareció agradarle, aunque parecía al mismo tiempo como si también le resultara ridículo en cierto modo. En suma, producía este hombre la impresión de venir de un mundo ajeno al nuestro, quizá de países de ultramar, y de hallar todo aquí hermoso, bien es verdad; pero un poquito ridículo. No puedo decir lo contrario: se mostraba cortés, incluso amable; y respecto a la casa, la habitación, al precio del alquiler y el desayuno y todo lo demás, estuvo enseguida de acuerdo, sin poner reparo alguno. Sin embargo, toda la persona de este hombre estaba como rodeada por una atmósfera extraña, que incluso hasta se me

antojaba desagradable y hostil. Alquiló la habitación, hizo lo mismo con el dormitorio, se informó de lo relacionado con la calefacción, el agua, el servicio, las costumbres de la familia; escuchó todas las explicaciones con atención y semblante amigable; se mostró de acuerdo con todo y ofreció también inmediatamente un anticipo a cuenta del alquiler. No obstante, parecía no estar del todo en el asunto, parecía encontrarse a sí mismo ridículo en su modo de actuar y daba la impresión de no tomarlo en serio, como si encontrara extraño y ridículo alquilar un cuarto y hablar en alemán con otras personas mientras él, en realidad, tenía sus pensamientos puestos en otras cosas por completo distintas. Era poco más o menos tal mi impresión. Y esta impresión no habría sido buena si toda una serie de pequeñas señales que salían al paso no la hubiesen corregido. El rostro del hombre, sobre todo, me agradó desde el primer momento. A pesar de aquella expresión de singularidad, me agradaba la cara, quizás un poco rara y también triste; pero despierta, inteligente, iluminada por la inteligencia y surcada por las huellas de un trabajo constante. Y había que añadir a esto, para predisponer mi ánimo más en su favor, que su cortesía y amabilidad, aunque parecían costarle un poco de esfuerzo, estaban exentas por completo de orgullo; al contrario, había en su conducta algo casi conmovedor, un algo como de súplica cuya explicación no encontré hasta más tarde; pero que enseguida me inclinó un tanto en favor suyo.

Antes de haber terminado la inspección de los dos recintos y concluido el trato, se acabó mi tiempo de descanso del mediodía y tuve que marcharme al despacho. Así, pues, me despedí y lo dejé con mi tía. Cuando regresé por la

noche, me dijo ésta que el forastero había alquilado las habitaciones y que se mudaría uno de aquellos días; lo único que le había rogado era que no diese parte a la policía, pues las formalidades inherentes, el andar de aquí para allí en las dependencias policiales y todo lo demás resultaba insostenible para él, un hombre enfermizo. Recuerdo todavía con claridad que tal petición me produjo asombro y que aconsejé a mi tía no aceptar esta condición. Precisamente lo que de receloso y extraño había en este hombre encajaba demasiado bien con el temor a la policía para no considerarle sospechoso. Hice ver a mi tía que no podía acceder en modo alguno a esta pretensión, ya de por sí algo extraña, pues tal consentimiento podría quizás acarrearle consecuencias desagradables, y más tratándose de una persona desconocida por completo. Pero descubrí entonces que mi tía había accedido ya a los deseos del forastero y que, en definitiva, se había dejado prender en el hechizo del desconocido; pues jamás ha aceptado inquilinos con quienes no haya podido establecer de algún modo una relación humana, amistosa, familiar, incluso hasta maternal; algo de lo que también se han aprovechado en gran medida otros inquilinos anteriores. Y ocurría en las primeras semanas que, mientras yo tenía que poner reparos al nuevo inquilino, mi tía le defendía en todas las ocasiones con calor.

Como no me agradó la omisión del parte a la policía, quise al menos enterarme de lo que mi tía sabía acerca del forastero, su origen y sus intenciones. Sabía ya unas cuantas cosas, a pesar de que el hombre había permanecido poco tiempo en casa después de marcharme al mediodía. Le había dicho que pensaba permanecer unos meses en nues-



tra ciudad, utilizar sus bibliotecas y ver lo antiguo de la población. A decir verdad, no era muy del agrado de mi tía que el hombre alquilase las habitaciones por un tiempo tan corto; pero era evidente que la había conquistado a pesar de su singular aspecto. En resumidas cuentas, las habitaciones estaban alquiladas ya y mis objeciones llegaban demasiado tarde.

—¿A qué se deberá el haber dicho que aquí huele tan bien? —pregunté.

—Lo sé perfectamente —contestó mi tía, que a veces tiene muy buenos presentimientos—. Nuestra casa huele a limpieza, a orden, a una existencia agradable y decente, y eso es lo que le ha gustado. Parece como si ya no estuviese acostumbrado a ello y sintiera su carencia.

«Bueno —pensé—; lo que es por mí...»

—Pero —objeté—, si no está acostumbrado a llevar una vida ordenada y decente, ¿en qué va a terminar esto? ¿Qué vas a hacer si resulta un hombre sucio y lo empuerca todo o si regresa borracho como una cuba a cualquier hora de la noche?

—Ya veremos —repuso, echándose a reír.

Así que dejé el asunto tal como estaba.

Mis temores resultaron en realidad infundados. El huésped, aunque no llevaba en modo alguno una vida ordenada y sensata, no nos ha molestado ni perjudicado; y todavía hoy pensamos en él con agrado. Sin embargo, en lo más íntimo de nuestro ser, en las profundidades del alma, este hombre nos ha perturbado y molestado mucho a ambos, a mi tía y a mí; y, hablando con franqueza, no he terminado todavía ni de lejos con él. Sueño a veces por la noche con él y me siento en el fondo molesto e intranquilo por

su causa, por la simple existencia de un ser de tal clase, a pesar de haber llegado a tenerle verdadero afecto.

★ ★ ★

Un cartero trajo dos días después las pertenencias del forastero, que se llamaba Harry Haller. Había un baúl de piel, que me produjo buena impresión; y un baúl plano de camarote, grande, parecía señalar la existencia de largos recorridos anteriores. Al menos tenía pegadas amarillentas etiquetas de hoteles y compañías de transporte de diversos países, incluso de allende los mares.

Luego se personó él y comenzó la época en que fui conociendo gradualmente a este hombre singular. Al principio no hice nada en tal sentido por mi parte. Aunque me interesé por Haller desde el mismísimo comienzo, desde el primer minuto en que lo vi, no di en las primeras semanas, sin embargo, ningún paso encaminado a tener contacto ni conversación con él. Debo confesar, en cambio, que desde los primeros comienzos he observado siempre a este hombre un poco. También he entrado a veces en su habitación cuando se hallaba ausente. En suma, la curiosidad me llevó a realizar pequeñas operaciones de espionaje.

Ya he dicho algo acerca del aspecto exterior del Lobo estepario. A primera vista, producía la impresión de ser un hombre importante, nada vulgar y de inteligencia extraordinaria. Se asomaba a su rostro un espíritu exquisito; y el movimiento de sus facciones, sobremanera delicado y vivo, era reflejo de una vida anímica interesante, riquísima en variaciones, delicada y sensible hasta un punto fuera de

lo común. Cuando se hablaba con él y, cosa que no ocurría siempre, traspasaba este hombre las fronteras de lo convencional, permitiendo que su naturaleza singular dejara escapar palabras propias, peculiares, tenía uno que subordinarse a él de pleno; había pensado este hombre más que otros y tenía, en lo concerniente a cuestiones del intelecto, esa objetividad casi fría, esa reflexividad y saber seguros que sólo poseen los hombres auténticamente espirituales, carentes de toda ambición, que no desean jamás brillar, convencer a los demás o tener razón.

Recuerdo de los últimos tiempos de su estancia aquí uno de tales juicios, aunque en realidad no se trató de juicio alguno, pues consistió tan sólo en una mirada. Un célebre filósofo de la Historia y crítico cultural, hombre de fama en toda Europa, había anunciado una conferencia en el salón de actos, y había conseguido yo convencer al Lobo estepario para que asistiera al acto, aunque el hombre no sentía deseo alguno de ello. Fuimos juntos y también ocupamos dos asientos vecinos en el paraninfo. Cuando el orador subió al estrado y comenzó su alocución, su aspecto, algo presumido y fatuo, defraudó a más de un oyente, que se lo había imaginado una especie de profeta. Ahora, al comenzar su parlamento con unas cuantas lisonjas dirigidas al auditorio, al que expresó su agradecimiento por haber acudido en gran número, el Lobo estepario me dirigió una breve mirada, una mirada con la que criticaba las palabras y la persona entera del orador. ¡Oh, fue una mirada inolvidable, terrible, sobre cuyo significado se podría escribir todo un libro! No se limitaba la mirada a criticar a aquel orador ni a aniquilar al célebre filósofo con su ironía irresistible, aunque suave, no, esto era lo de menos en ella. La

mirada era más bien mucho más triste que irónica; era hasta insondable y desesperanzadamente triste; el contenido de esta mirada era una desesperación en cierto modo segura, en cierto modo hecha ya costumbre. Con su claridad desesperada, no se limitaba tan sólo a iluminar y atravesar la persona del fatuo conferenciante, a ridiculizar y echar por tierra la situación del momento, las esperanzas y disposición de ánimo del público, el título un tanto presuntuoso de la conferencia anunciada; no, era más: la mirada del Lobo estepario traspasaba toda nuestra época, toda la afanosa afectación, toda la ambición, la vanidad entera y todo el juego superficial de una espiritualidad imaginada, sin fondo. Y por desgracia, ¡ay!, esta mirada calaba todavía más hondo, apuntaba aún más lejos que simplemente los defectos y desesperanzas de nuestro tiempo, de nuestra espiritualidad, de nuestra cultura. Penetraba hasta el corazón de toda la naturaleza humana, en un solo segundo expresaba con elocuencia todas las dudas de un pensador —de un conocedor quizás— acerca de la dignidad, del sentido de la vida humana. Decía esta mirada: «Fijaos qué clase de monos estamos hechos. Fijaos, así es el hombre». Y toda celebridad, toda discreción, todas las conquistas del espíritu, todos los intentos de alcanzar sublimidad, grandeza y perdurabilidad en el campo de lo humano se derrumbaron para quedar en juegos simioscos.

Me he anticipado mucho con esto. Y, en contra de mis proyectos y mi voluntad, he dicho en el fondo realmente ya lo esencial acerca de Haller, mientras que mi intención primera fue ir descubriendo su imagen sólo gradualmente, según expusiera mi paulatino conocimiento con él.

Tras haberme anticipado de este modo a los acontecimientos, no es necesario continuar hablando de la enigmática «singularidad» de Haller y relatar con detalle cómo fui presintiendo y reconociendo poco a poco las razones y significados de este comportamiento extraño, de este aislamiento extraordinario y terrible. Es mejor así, pues quisiera que mi persona quedara en segundo término dentro de lo posible. No es mi intención hacer confesiones, relatar novelas o practicar psicología, sino tan sólo, en calidad de testigo ocular, contribuir algo al retrato del hombre singular que ha dejado estos manuscritos del Lobo estepario.

Ya al verlo por primera vez, cuando cruzó la puerta cristalera para entrar en la casa de mi tía, estirando el cuello como si fuera un ave y elogiando el buen olor de la casa, me chocó de algún modo lo que había de extraño en este hombre; y mi primera reacción ingenua había sido de aversión. Advertí —y mi tía, que contrariamente a mí no es en absoluto ninguna intelectual, notó con bastante exactitud lo mismo— que el hombre estaba enfermo; que, de algún modo, estaba atacado por una enfermedad del espíritu, del ánimo o del carácter; y me revolví contra esto con el instinto de la persona sana. Esta defensa fue sustituida en el transcurso del tiempo por una simpatía basada en la gran compasión que sentía por este hombre que sufría profunda y continuamente, por un hombre cuya soledad y muerte interior me eran presentes en todo momento. En este período, fue cada vez más fuerte mi convencimiento de que la enfermedad de este paciente no estaba causada por deficiencia orgánica alguna; sino, al contrario, sólo por la inexistencia de armonía entre sus fuerzas y la gran rique-

za de sus dotes. Me di cuenta de que Haller era un genio del sufrimiento; de que este hombre, en el sentido de muchas sentencias de Nietzsche, se había forjado una capacidad de sufrimiento genial, ilimitada, espantosa. Descubrí al mismo tiempo que la base de su pesimismo no era el desprecio del mundo, sino el desprecio de sí mismo; pues, por muy duras y demoleadoras que fueran sus palabras acerca de las instituciones o las personas, jamás se excluía él, siempre era el primero contra quien dirigía sus dardos, era el primero a quien odiaba y del que renegaba...

Tengo que intercalar aquí una observación psicológica. Aunque sé muy poco de la vida del Lobo estepario, tengo, sin embargo, todas las razones para suponer que fue educado por padres amantes, pero severos y muy piadosos, en esa forma que basa la educación en el «doblegamiento de la voluntad». Sólo que este aniquilamiento de la personalidad y el doblegamiento de la voluntad no se había conseguido en el caso de este discípulo, demasiado fuerte, duro, orgulloso e inteligente para ello. En vez de aniquilar la personalidad de este hombre, se había conseguido tan sólo enseñarlo a que se odiara a sí mismo. Contra él en persona, contra este objeto inocente y noble, dirigió durante su vida entera toda la genialidad de su imaginación, toda la potencia de su intelecto. Pues era en esto, a pesar de todo, cristiano de pies a cabeza y mártir en la misma medida; ya que toda causticidad, toda crítica, toda malignidad, todo el odio de que era capaz lo dirigía ante todo y primeramente contra él mismo. En cuanto afectaba a los demás, al mundo que le rodeaba, hacía de continuo los intentos más heroicos y serios para amarlos, ser justo con ellos, no causarles daño alguno; pues el «Amarás a tu prójimo» estaba en él

inculcado de modo tan profundo como el odio hacia su propia persona. Y así, su vida entera fue un ejemplo de que el amor al prójimo no es posible sin amarse uno mismo, que el odio hacia la propia persona equivale exactamente al más feroz de los egoísmos, y que al final produce el mismo horrible aislamiento e igual desesperación que el egoísmo sin límites.

Pero es hora de que posponga mis pensamientos y hable de realidades. Vayamos, por tanto, a lo primero que averigüé del señor Haller, en parte por medio de mi espionaje, en parte gracias a observaciones de mi tía: su manera de vivir. Pronto se hizo evidente que era un intelectual, un hombre de libros, y que no ejercía ninguna profesión práctica. Permanecía siempre mucho tiempo en la cama. Con frecuencia no se levantaba hasta poco antes del mediodía, se ponía la bata, y recorría los pocos pasos que había entre el dormitorio y su sala de estar. Esta sala de estar, una buhardilla espaciosa y alegre, con dos ventanas, tenía ya a los pocos días un aspecto distinto al que había ofrecido cuando había estado ocupada por otros inquilinos. Se fue llenando, y con el tiempo se llenó más cada día. Colgaban cuadros en las paredes, había dibujos sujetos con chinchetas, a veces estampas recortadas de revistas, estampas que cambiaban con frecuencia. Un paisaje meridional, fotografías de una pequeña villa campesina de Alemania, evidentemente la patria chica de Haller, colgaban aquí y allí. Y, entre ellas, luminosas acuarelas que habían sido pintadas por él, según supimos ya más tarde. También se veía la fotografía de una preciosa mujer joven o de una muchacha. Durante un tiempo colgó de la pared un Buda siamés que fue luego sustituido por una reproducción de *La noche*, de

Miguel Ángel, sustituida a su vez por un retrato del Mahatma Gandhi. Los libros no sólo llenaban por completo el armario-librería, sino que aparecían por doquier encima de las mesas, en el precioso escritorio antiguo, en el sofá, en las sillas, en cualquier parte del suelo; libros con tiras de papel, que cambiaban continuamente, para señalar las hojas. Aumentaba sin cesar el número de libros, pues no sólo traía consigo grandes paquetes de las bibliotecas, sino que con frecuencia le llegaban también paquetes por correo. El hombre que moraba en esta habitación podía ser un sabio. Armonizaba asimismo con este ambiente el humo del tabaco, que todo lo envolvía, y los ceniceros y puntas de cigarrillos dejados por todas partes. Sin embargo, una gran parte de los libros no eran científicos; casi todos eran obras de escritores de todas las épocas y pueblos. Hubo una época en que estuvieron de aquí para allá en el sofá los seis gruesos volúmenes de una obra titulada *Viaje de Sofía desde Memel a Sajonia*, de finales del siglo XVIII, en el sofá donde se pasaba con frecuencia tumbado días enteros. Una edición de las obras completas de Goethe y otra de Jean Paul presentaban señales de ser muy utilizadas, como asimismo Novalis, pero también Lessing, Jacobi y Lichtenberg. Algunos volúmenes de Dostoievski estaban llenos de papeles con anotaciones. En la mesa grande, entre la gran cantidad de libros y escritos, se veía con frecuencia un ramillete de flores. También había en este sitio una caja de acuarelas, pero siempre llena de polvo. Y, al lado, los ceniceros. Y algo que no debo callar: botellas con bebidas de toda suerte. Había una botella con funda de mimbre que estaba casi siempre llena de vino tinto italiano que compraba en una pequeña tienda de las inmediaciones. A veces se podía ver



una botella de Borgoña, como también de Málaga. También vi una gruesa botella de aguardiente de cerezas casi vaciarse en un tiempo muy corto; pero luego fue relegada a un rincón del cuarto, donde se iba llenando de polvo sin que disminuyera el contenido sobrante. No pretendo justificar mis actividades de espionaje y confieso también con franqueza que, en los primeros tiempos, todos estos indicios de una existencia revuelta y desenfadada, aunque ciertamente llena de interés espiritual, provocaron en mí aversión y desconfianza. No sólo soy un burgués acostumbrado a llevar una vida metódica, al trabajo y a la exacta distribución del tiempo, sino que, además, soy abstemio y no fumo. Y aquellas botellas que había en la habitación de Haller me agradaban menos aún que el pintoresco desorden restante.

Como acontecía con el sueño y el trabajo, el forastero se mostraba también muy irregular y caprichoso en cuanto atañía a la comida y la bebida. Había días en que ni siquiera salía a la calle y no tomaba otra cosa que el café de la mañana. A veces, los únicos restos de comida que encontraba mi tía eran una cáscara de plátano; pero otros días comía en restaurantes, lo mismo en establecimientos buenos y elegantes que en pequeñas tabernas de los arrabales. Su salud no parecía ser buena. Aparte la torpeza de las piernas, que con frecuencia se traducía en un fatigoso esfuerzo al subir las escaleras, parecía sufrir de otros achaques; y en una ocasión, como incidentalmente, dijo que desde años atrás no sabía lo que era una buena digestión o dormir bien, cosa que atribuí sobre todo a la bebida. Posteriormente, con ocasión de acompañarlo a veces a una de sus fondas, fui testigo de con cuánta rapidez y aire de luná-

tico trasegaba el vino que le ponían delante; pero ni yo ni nadie lo ha visto jamás verdaderamente ebrio.

Nunca olvidaré nuestro primer encuentro personal. Nos conocíamos sólo de vista, tal como pueden conocerse los vecinos de cuarto en una casa de inquilinos. Para sorpresa mía, una noche, al regresar del negocio a casa, me encontré al señor Haller sentado en el descansillo de la escalera, entre los pisos primero y segundo. Estaba sentado en el último escalón y se apartó un poco para dejarme pasar. Le pregunté si no se encontraba bien y me ofrecí a acompañarlo hasta arriba del todo.

Haller me miró. Y me di cuenta de haberlo despertado de una especie de somnolencia. Lentamente, comenzó a sonreír, empezó a extenderse por su rostro esa bella y lastimosa sonrisa que con tanta frecuencia me ha hecho sentir dolor. Después me invitó a sentarme a su lado. Tras darle las gracias por el ofrecimiento, le dije que no tenía la costumbre de sentarme en la escalera frente al domicilio de otras personas.

—Es verdad —asintió, sonriendo con más intensidad—, tiene usted razón. Pero espere todavía un momento, tengo que explicarle el motivo de haberme visto obligado a sentarme aquí un poco.

Mientras decía estas palabras, señalaba la entrada de la vivienda del primer piso, donde habitaba una viuda. En el reducido espacio, recubierto de parqué, existente entre la escalera, la ventana y la puerta cristalera, había junto a la pared un alto armario de caoba con viejas aplicaciones de estaño; y delante del mueble, en dos pequeñas jardineras bajas, dos plantas dentro de sendas macetas: una azalea y una araucaria. Las plantas, muy bonitas, aparecían

siempre muy limpias también, magníficamente cuidadas; algo que asimismo siempre me había llamado agradablemente la atención.

—Vea usted —prosiguió Haller—, ese pequeño vestíbulo donde está la araucaria huele siempre que es una delicia; con frecuencia no puedo pasar por aquí delante sin detenerme un instante. También huele bien y hay orden y una pulcritud escrupulosa en la casa de su tía; pero este lugar donde se encuentra la araucaria está tan esplendorosamente limpio, tan lavado, encerado y exento de polvo, tan increíblemente immaculado que realmente resplandece. Tengo siempre que respirar a pleno pulmón, ensanchando la nariz. ¿No huele usted también? Fíjese cómo el olor de la cera del suelo y un leve matiz de trementina, unido a la caoba, las lavadas hojas de la planta y todo lo demás se traducen en un aroma especial, en un superlativo de pulcritud burguesa, de cuidado y minuciosidad, de cumplimiento del deber y de fidelidad en lo pequeño. Ignoro quién podrá vivir ahí; pero detrás de esa puerta de cristales ha de existir un paraíso de limpieza y de burguesía que no admite una mota de polvo, un paraíso de orden, de entrega, medrosa y conmovedora a partes iguales, a pequeños hábitos y obligaciones.

Como guardé silencio, prosiguió él:

—¡No vaya usted a creer que hay ironía en mis palabras! Nada más lejos de mi ánimo que pretender reírme de este orden y este aspecto burgués. Es perfecto. Yo vivo en otro mundo, no en éste, y acaso no fuera capaz de resistir siquiera un día en una vivienda con tales araucarias. Pero aunque sea un lobo de la estepa ya viejo y un poco mal educado, soy también, no obstante, hijo de una madre, y

también mi madre era una mujer burguesa que tenía flores y estaba siempre pendiente de las habitaciones, la escalera, los muebles y las cortinas, esforzándose en que en su domicilio y en su vida hubiese toda la limpieza, la pulcritud y el orden que fuera posible conseguir. El leve olor a trementina y la araucaria me hacen recordar aquello, y por ello me siento aquí de vez en cuando, a mirar este sereno y pequeño oasis de orden. Y siento alegría de que todavía existan lugares así.

Quiso levantarse, pero le costó un esfuerzo y no me rechazó cuando lo ayudé un poco en el intento. Guardé silencio, pero, al igual que antes había ocurrido con mi tía, sucumbí a un no sé qué de mágico que este hombre podía tener a veces. Subimos la escalera juntos, despacio. Y ya frente a su puerta, con la llave en la mano, me miró nuevamente de lleno y amistosamente y dijo:

—¿Viene de su despacho? Bueno, no entiendo nada de eso, vivo algo apartado, un poco al margen, ¿sabe? Pero creo que siente usted interés por libros y cosas así. Su tía me dijo en una ocasión que ha hecho la reválida del bachillerato y que fue un buen alumno de griego. Pues bien, esta mañana he encontrado una frase cuando leía a Novalis. ¿Me permite mostrársela? Se alegrará de conocerla.

Me llevó con él a su habitación, donde olía fuertemente a tabaco, rebuscó en un montón de libros, sacó uno de ellos y lo empezó a hojear, buscando algo.

—También esto es bueno, muy bueno —prosiguió—. Escuche la frase: «Se debiera estar orgulloso del dolor; todo dolor es un recuerdo de nuestra elevada condición». ¡Magnífico! ¡Ochenta años antes que Nietzsche! Pero no es ésta la sentencia a que me refería... Espere... Ya la tengo. He aquí:

«La mayoría de las personas no quieren nadar antes de saber». ¿No es una frase ingeniosa? ¡Pues claro que no quieren nadar! Al fin y al cabo, han nacido para la tierra, no para el agua. Y, como es natural, no quieren pensar; a fin de cuentas, han sido creados para la vida, no para el pensamiento. Y el que se imagine que lo fundamental estriba en el pensamiento, cierto que podrá llegar lejos en este afán; pero da la casualidad entonces de que ha cambiado el suelo por el agua, y llegará un momento en que se ahogará.

Me había cautivado e interesado ahora y me quedé un rato con él, no siendo raro que a partir de este momento charlásemos un poco en la escalera o en la calle, cuando nos encontrábamos. Al principio, lo mismo que en el caso de la araucaria, tuve siempre un poco la sensación de ser objeto de su ironía; pero no sucedía tal cosa. Me tenía en tanta estima como a la araucaria. Estaba tan a fondo convencido de su aislamiento, de su nadar en el agua, de su desarraigo, que realmente y sin ironía podía entusiasmarle a veces la contemplación de cualquier hecho corriente de la vida burguesa; por ejemplo, la puntualidad que observaba yo en mi horario de trabajo, o el juicio emitido por un sirviente o un tranviario. Tal manera de ser se me antojó al principio realmente ridícula y exagerada, algo así como un capricho señorial o de bohemio, un sentimentalismo frívolo. Pero tuve que ver más y más que desde el fondo de sus espacios vacíos, de su condición extraña y de su carácter de lobo estepario, admiraba y amaba de hecho nuestro pequeño mundo burgués como lo firme y seguro, como lo para él lejano e inalcanzable, como el hogar y la paz, hacia los cuales no había abierto camino alguno para él. Se descubría siempre con verdadero respeto ante nuestra asis-

tenta, una buena mujer; y cuando mi tía conversaba en alguna ocasión con él o le indicaba la necesidad de algún arreglo de su ropa interior o le hacía ver que uno de los botones del abrigo estaba a punto de desprenderse, el hombre la escuchaba con una notable atención, poniendo en ello sus cinco sentidos, como si hiciera un esfuerzo indecible y desesperanzado para entrar por algún resquicio en este pequeño mundo pacífico y sentirse en él como en su casa, aunque fuese tan sólo por una hora.

Ya en aquella primera conversación, cuando habló de la araucaria, se dio el calificativo de Lobo estepario, lo que también me extrañó y me molestó un poco. ¿Qué clase de expresiones eran éstas? Pero empecé a dar validez a la expresión. Y no sólo por la fuerza de la costumbre, sino que también yo pronto comencé en mi fuero interno, en mis pensamientos, a no llamar a aquel hombre de otra manera que Lobo estepario; y tampoco sabría encontrar hoy una expresión más adecuada para responder a aquel fenómeno. Para nosotros, era un lobo estepario perdido en las ciudades y en la vida gregaria: ninguna otra imagen podría designar de forma más convincente su arisco aislamiento, su estado salvaje, su inquietud, su nostalgia y su falta de hogar.

En una ocasión pude estar observándolo una noche entera en el transcurso de un concierto sinfónico, donde, para gran sorpresa mía, lo vi tomar asiento cerca de mi sitio sin que se diera cuenta de mi presencia. Se ejecutó primero música de Händel, una música noble y hermosa; pero el Lobo estepario permanecía sumido en sus pensamientos, sin prestar atención a la música ni a lo que lo rodeaba. Aislado, solitario y ajeno a lo que ocurría en torno. Así estaba sentado, bajos los ojos, con expresión fría pero preocu-

pada. A continuación cambiaron de música, tocaron una breve sinfonía de Friedemann Bach, y entonces sentí un enorme asombro al observar cómo este ser extraño comenzaba a sonreír a los pocos compases y se entregaba a la música. Posiblemente serían unos diez minutos los que permaneció tan dichosamente sumido en su goce y perdido en agradables sueños que le presté más atención a él que a la música. Al concluir la pieza, se despertó, se irguió en el asiento, hizo intención de levantarse y pareció que iba a marcharse; sin embargo, continuó sentado y escuchó también la última pieza, unas variaciones de Reger, una música que muchos estimaron algo larga y fatigosa. También el Lobo estepario, que al principio había escuchado con atención y de buen grado, volvió a apartar su atención de la música, se metió las manos en los bolsillos y se concentró de nuevo en sí mismo; pero ahora no con expresión feliz y soñadora, sino triste y, finalmente, maligna; su cara volvía a aparecer lejana, gris y apagada; el hombre parecía enfermo y descontento.

Terminado el concierto, lo vi de nuevo en la calle y eché a andar detrás de él. Embutido en el abrigo, caminaba con desgana y cansancio hacia nuestro barrio; pero se detuvo delante de un pequeño restaurante anticuado, consultó indeciso el reloj y penetró acto seguido en el establecimiento. Entré detrás de él, obedeciendo a un impulso momentáneo. Se sentó a una de las modestas mesas del restaurante, siendo recibido por la dueña y la camarera como si se tratara de un parroquiano. También saludé yo y me senté a su lado. Permanecimos sentados en este lugar una hora, y, mientras yo tomé dos vasos de agua mineral, se hizo servir él medio litro de vino tinto primero y un

cuarto de litro más después. Le dije que había estado en el concierto, pero no quiso abordar el asunto. Leyó la etiqueta de mi botella de agua mineral y me preguntó si le aceptaría un poco de vino, al que me invitaba. Cuando oyó que yo jamás bebía vino, se reflejó de nuevo en su rostro una expresión de desamparo y dijo:

—Sí, hace usted bien. También he vivido yo en la abstinencia largos años y ayunado durante largo tiempo; pero actualmente estoy otra vez bajo el signo de Acuario, un signo oscuro y húmedo.

Ahora, al recoger esta alusión y decir en broma que consideraba muy improbable el hecho de que precisamente un hombre como él creyera en la astrología, volvió de nuevo a adoptar el tono cortés que me hería con frecuencia y explicó:

—Muy cierto. Por desgracia, tampoco puedo creer en esa ciencia.

Me despedí y salí del local. Él llegó a casa ya a altas horas de la noche, pero su paso era el habitual. Y como siempre, no se fue derecho a la cama (yo, su vecino de habitación, oía esto a la perfección), sino que permaneció todavía una hora en su salita de estar con la luz encendida.

Tampoco he olvidado otra noche. Estaba yo solo en casa, mi tía había salido. Llamaron a la puerta. Y cuando abrí, me vi frente a una joven y preciosa dama que me preguntó por el señor Haller. La reconocí entonces: era la de la fotografía que había en el cuarto del hombre. Le indiqué la puerta de él y entré de nuevo en la casa. La mujer estuvo arriba un rato, pero al cabo de poco tiempo oí que bajaban juntos la escalera, charlando y bromeando vivamente y muy divertidos mientras se marchaban. Me que-



dé muy sorprendido por el hecho de que este hombre solitario tuviera una amante; y, además, una tan joven, preciosa y elegante. De nuevo se tornaron inciertas mis presunciones acerca de él y de su vida. Pero apenas una hora después, volvió de nuevo a casa, solo, con paso triste y fatigado; subió las escaleras con dificultad y se deslizó luego durante horas silenciosamente en su sala de estar, arriba y abajo, exactamente lo mismo que se mueve un lobo dentro de su jaula. Hubo luz en su habitación toda la noche hasta casi el amanecer.

No sé nada en absoluto acerca de estas relaciones y quiero añadir sólo una cosa: lo volví a ver una vez más junto con aquella mujer en una calle de la ciudad. Iban cogidos del brazo y el hombre parecía feliz. Volví a sentir asombro al observar cuánta gracia, incluso cuánto de niño podía haber ocasionalmente en su preocupado rostro de hombre solitario; y comprendí a la mujer, como también comprendí el afecto que mi tía sentía por este hombre. Pero también aquel día regresó a casa triste y doliente. Era ya de noche cuando me tropecé con él en la puerta de la casa. Y, como en muchas ocasiones, llevaba encima, debajo del abrigo, la botella de vino italiano, con la que permaneció sentado la mitad de la noche arriba, en su cueva. Me daba lástima. ¡Qué vida tan desconsoladora, perdida e inútil la que llevaba!

Bueno, ya he charlado suficiente. No hay necesidad de más relatos ni descripciones para mostrar que el Lobo estepario vivía una existencia de suicida. Sin embargo, no creo que se quitara la vida cuando, de improviso y sin despedirse, aunque después de pagar todo lo que debía, abandonó un día nuestra ciudad y desapareció. No hemos vuel-

to a saber de él y guardamos todavía algunas cartas que aún llegaron después de su partida. No dejó atrás otra cosa que su manuscrito, que escribió durante su estancia en este lugar y que me dedicó en unas cuantas líneas, con la observación de que podía hacer con el escrito lo que quisiera.

No me fue posible comprobar la parte de veracidad de las experiencias vividas que relata el manuscrito de Haller. No tengo la menor duda de que son imaginadas en su mayor parte; pero no en el sentido de una invención arbitraria, sino en el de intentar dar expresión, con el ropaje de acontecimientos visibles, a procesos anímicos profundamente vividos. Los hechos que se narran en el manuscrito de Haller, fantásticos en parte, responden probablemente a la última época de su estancia en esta ciudad; y no me cabe la menor duda de que se basan también, en pequeña parte, en experiencias reales, exteriores. A decir verdad, nuestro huésped cambió por aquel entonces su comportamiento y aspecto exterior; pasaba mucho tiempo fuera de casa, a veces hasta noches enteras, y no tocaba los libros. Las pocas veces que me lo encontré en aquellos días parecía llamativamente lleno de vida y rejuvenecido; en algunas ocasiones, hasta divertido, ni más ni menos. Bien es verdad que seguía de inmediato una nueva y grave depresión: permanecía acostado todo el día, sin mostrar deseos de comer. Y en aquella época me llamó también la atención una riña fortísima, incluso brutal, que tuvo con su amante, vuelta de nuevo entretanto. Toda la casa quedó revuelta, y Haller pidió disculpas a mi tía al día siguiente.

Sí. Tengo el convencimiento de que no se ha quitado la vida. Vive todavía, en alguna parte recorren todavía sus cansadas piernas arriba y abajo las escaleras de casas extra-

ñas; en algún lugar mira con fijeza suelos de parqué fregadísimos y araucarias limpiísimas, bien cuidadas; se pasa los días sentado en bibliotecas y las noches, en tabernas y restaurantes; o permanece tumbado en un diván alquilado, escuchando detrás de las ventanas la vida del mundo y las personas, de la cual se sabe excluido; pero no se mata, pues un resto de fe le dice que ha de apurar este sufrimiento, este maligno sufrimiento que le atormenta el corazón, y que este sufrimiento ha de ser la causa de su muerte. Pienso con frecuencia en él. No me ha hecho más fácil la vida, no tenía el don de mantener y fomentar en mí la fortaleza y la alegría. Al contrario. Pero yo no soy él ni llevo su clase de vida, sino la mía, una vida sin importancia, burguesa; pero segura y plena de obligaciones. Y de este modo podemos pensar en él con tranquilidad y amistad mi tía y yo. Mi tía sabría decir de él más que yo, pero esto queda escondido en su corazón bondadoso.

★ ★ ★

Por lo que respecta a las anotaciones de Haller, estas peregrinas imaginaciones, enfermizas en parte, y en parte bellas y profundas, he de decir que si estas hojas hubiesen caído por casualidad en mis manos y no hubiese conocido a su autor, no hay duda de que las habría arrojado lejos de mí con disgusto. Pero el conocer a Haller ha hecho posible que las comprenda parcialmente, que incluso hasta las apruebe. Tendría reparos en comunicar su contenido a otros si sólo viera en ellas las patológicas fantasías de un pobre demente. Pero veo en ellas algo más: un documento de la época, pues la enfermedad anímica de Haller, hoy lo sé, no

es la extravagancia de un individuo, sino la enfermedad de la época misma, la neurosis de la generación a que Haller pertenece y la cual no parece atacar únicamente en modo alguno a los más débiles y de menos valor, sino precisamente a los fuertes, a los inteligentes, a los más dotados.

Estos apuntes, dejando aparte el hecho de que puedan estar basados en acontecimientos más o menos reales, son un intento de dominar la gran enfermedad de la época no mediante rodeos y miramientos, sino haciendo la enfermedad misma objeto de la representación. En su sentido más literal, tales anotaciones significan un recorrido a través del infierno; un recorrido tan pronto angustiado como tan pronto animoso por el caos de un mundo anímico en tinieblas; un recorrido hecho con el ánimo de atravesar el infierno, de presentar batalla al caos, de sufrir la maldad hasta el final.

Han sido unas palabras de Haller las que me han servido de clave para llegar a esta comprensión. Me dijo en una ocasión, tras haber hablado de las llamadas crueldades de la Edad Media:

—Tales crueldades no lo son en realidad. Un hombre de la Edad Media detestaría todo nuestro estilo actual de vida; pero por razones completamente distintas, no por juzgarlo cruel, espantoso y bárbaro. Cada época, cada civilización, cada costumbre y cada tradición tienen su estilo, las bellezas, durezas y crueldades que le son anejas; considera lógicos y naturales ciertos sufrimientos y soporta con paciencia determinados males. La vida humana sólo alcanza el grado de verdadero sufrimiento, de auténtico infierno, cuando se entrecruzan dos épocas, dos civilizaciones y religiones. Un hombre de la Antigüedad que hubiera de

vivir en la Edad Media se habría asfixiado lastimosamente, lo mismo que habría de asfixiarse un salvaje en medio de nuestra civilización. Hay tiempos en los que una generación entera viene a caer entre dos épocas, entre dos estilos de vida, perdiendo de esta suerte toda lógica, toda moral, toda sensación de amparo y toda inocencia. Como es natural, no todos sienten esto con la misma fuerza. Una naturaleza como la de Nietzsche ha tenido que padecer con más de una generación de adelanto la miseria actual; miles de seres humanos sufren hoy lo que él tuvo que apurar en soledad y sin que nadie lo comprendiera.

Tuve que recordar a menudo estas palabras mientras leía las anotaciones. Haller es uno de los que están a caballo entre dos épocas, de los que han perdido todo estado de seguridad e inocencia, de los que tienen como destino vivir la completa inseguridad de la existencia humana, sublimada en forma de martirio e infierno personales.

Se encierran en esto, a mi modo de ver, el sentido que sus apuntes puedan tener para nosotros; y ésta ha sido la causa de que me decidiera a hacer partícipes de ellos a los demás. Por otra parte, no pretendo brindarles mi protección ni emitir juicio condenatorio alguno sobre ellos. ¡Que cada lector proceda según le dicte su conciencia!